

## **DOMINGO XXII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiástico 3, 17-18.20.28-29): *Hazte pequeño y alcanzarás el favor de Dios.*

**Salmo** (67, 4-5ac.6-7ab.10-11): *«Preparaste, oh Dios, casa para los pobres».*

**2ª lectura** (Hebreos 12, 18-19.22-24a): *Vosotros os habéis acercado a Jesús.*

**Evangelio** (Lucas 14, 1.7-14): *Todo el que se enaltece será humillado.*

Nos dice Lucas que en casa de uno de los principales jefes de los fariseos, viendo que los invitados buscaban los mejores puestos en el banquete, Jesús aprovechó la ocasión para resaltar dos actitudes fundamentales que han de vivir todos aquellos que deseen entrar y sentarse en la mesa del Reino. La primera es la humildad y la segunda es la gratuidad. Lo contrario de las actitudes que estaba viendo en aquellos invitados y en el dueño de la casa.

De un modo muy plástico, Lucas nos quiere ayudar a ver que el Reino anunciado y perseguido por Jesús significa la subversión de nuestros valores y estilos de vida: nuestros deseos por ocupar los primeros puestos y los estilos de vivir que nos llevan a rodearnos únicamente de los de nuestra clase social. El Reino de Dios, la vida que Dios desea para sus hijos, siempre entra en conflicto con nuestros intereses.

Una mesa y una comida es el mejor de los símbolos para ayudarnos a comprender la causa de Jesús, por la que vivió y por la que le llevaron a la muerte. Es la imagen de la vida deseada por Dios, en la que nadie queda fuera y en la que los más débiles, los más vulnerables, ocupan los primeros puestos: *«pobres, lisiados, cojos y ciegos»*. Ellos no podrán devolvernos la invitación.

Lo que nos encontramos en la narración del evangelio de Lucas sucede hoy. Nos sucede a cada uno de nosotros, sucede en la comunidad cristiana y sucede cada día en la vida social. A poco que nos observemos a nosotros mismos nos descubrimos deseando ser los primeros, destacar, que nos aplaudan, demostrar que sabemos, que somos los mejores, etc. *“Los primeros puestos”*.

En la comunidad cristiana, en la Iglesia, nos descubrimos a menudo viviendo una religión que tiene poco en cuenta a Jesús. Un ejemplo: pensemos en clérigos que, en lugar de hacer de su vida un servicio, hacen de ella una carrera en pos del prestigio y el poder. Es una perversión del Evangelio. Y lo vemos en nuestra sociedad: en la política, cuando no está al servicio del bien común; o en los valores que inculcamos a nuestros hijos para ser los primeros, a veces a costa de los demás; pensemos en la crisis de los refugiados y en la miserable respuesta dada por la rica Europa.

Humildad y gratuidad caminan de la mano. Lo contrario de ellas es la arrogancia y el egoísmo que nos alejan de lo que realmente somos, que nos separan de Dios y de los demás, especialmente de los pobres. Una vida cristiana auténtica no busca colocarse por encima de nadie, más bien busca estar a la altura de Jesús, defensor de la vida y, por ello, defensor de los pobres.

La lucha por *“lo mejor”* ha sido siempre origen de conflictos. Hay una inclinación natural a *“lo mejor”*: a ser el primero en la clase o en la competición, en la cola; a tener más, a dominar más... Esta aspiración es en principio buena, pero queda viciada cuando se hace en comparación y a expensas de los demás a los que se intenta humillar o explotar. La lucha por lo mejor no es simplemente *“un más”* sino *“un más que”*: ser más que el otro y tener más que los otros.

La humanidad padece secularmente una lamentable ambición de preferencia. Puede tratarse de inofensivas vanidades frívolas, que únicamente provocan risa. Pero se puede tratar de incomprensibles delirios de grandeza, de orgullo o de ambición que, en hombres con poder ha llevado a catástrofes nacionales e internacionales. La historia humana podría hacerse con referencia a estos delirios como punto de partida, expresión de otra serie de luchas por ambiciones políticas, económicas o de prestigio. La ambición y el orgullo desencadenan las luchas que envenenan las relaciones de convivencia humana. La modestia nunca suele crear conflictos.

Jesús observaba los conatos de los invitados por ocupar la preferencia a la mesa. De esa observación deduce unas enseñanzas prácticas, válidas siempre como norma de conducta: *“sé modesto, compórtate con sencillez, cede la preferencia...”*. No es una calculada astucia elegir lo último como medio para lograr lo primero. Se trata de una norma de comportamiento social humano en sencillez en lo que están totalmente de acuerdo: la sabiduría divina y la discreción humana.

La relación humana no puede basarse en un contrato de intercambio *“te doy para que me des”*. Invitar a quien no puede devolverte la invitación es desinterés humano, pero al mismo tiempo esa conducta llega como *“una factura”* al Padre celestial, que ve en lo secreto y recompensa con el ciento por uno y después la vida eterna.